

Gumersindo y el día en que el color se fue

Gumersindo se despertó un jueves sin prisa, como si la vida le pesara lo justo. El cielo, gris. El café, sin aroma. El mundo, desteñado.

—Hoy la vida huele a trapo húmedo —dijo, mientras se sentaba en su banca de siempre, junto al almendro.

No sabía mucho de ciencia, pero sí sabía mirar. Y aquel día, los verdes ya no eran verdes, los rojos parecían lodo, y el azul... el azul había desaparecido como si alguien lo hubiera borrado con saliva. Pensó en la palabra “*blues*”, que una vez escuchó en la radio vieja que tenía su compadre Evaristo. Decían que era música de tristeza. ¿Y si los sentimientos también tienen colores? ¿Y si cuando uno está triste, no es que el mundo esté gris, sino que uno dejó de ver el color?

—¿Y si el alma también tuviera conos y bastones como los ojos? —se preguntó rascándose la barbilla—. ¿Y si a veces se nos apaga el alma y por eso todo parece pálido?

Nadie le respondía, pero a Gumersindo no le molestaba hablar con el aire. A veces sentía que el aire le entendía mejor que los vivos. Gumersindo se quedó viendo el horizonte polvoso, como quien espera una respuesta que sabe que no va a llegar. Desde niño había creído que los colores eran cosas que nacían con el mundo: que el cielo era azul porque sí, que la sangre era roja porque debía, y que el maíz tenía tantos tonos como penas tiene un campesino. Pero esa mañana todo se le había borrado.

—Tal vez los colores son como las ganas... a veces se van sin avisar.

Detrás de él, la casa crujía como si respirara. Allí vivió con Jacinta, su mujer, que murió sin hacer ruido un septiembre. Desde entonces, había días en que Gumersindo sentía que el mundo entero se pintaba del mismo gris con que la enterraron.

—La vida sin color ha de ser como vivir sin Jacinta... igualito.

Recordó que una vez su abuela le dijo que los muertos ven todo en blanco y negro. Que el otro mundo era como una película vieja, y por eso los vivos les rezan con flores, para que no olviden los colores. Tal vez por eso los altares se llenaban de naranjas y rojos el día de muertos: para recordarles a los difuntos que la vida sí tenía color.

—Uno no extraña lo que no conoce —se dijo—. Pero yo ya conocí el azul de sus ojos y el rojo de su rebozo... ¿cómo no voy a sentir la falta?

Entonces, como si el cielo le escuchara, una mariposa pasó volando. Azul. Azul como el cielo que ya no estaba. Y por un instante, solo un instante, Gumersindo juró que el mundo había parpadeado en color.

Se quedó quieto, como si moverse fuera a espantar el momento. Luego volvió a mirar el café, que ya se le había enfriado, pero que esa vez sí olía un poco a lo que debía. Tal vez no mucho, pero lo suficiente.

Y entonces, como le pasaba a veces, le dieron ganas de poner la grabadora. La que tenía guardada en una caja de galletas, envuelta en un trapo para que no se llenara de polvo. Caminó despacio hasta la casa, la sacó, sopló el casete y le apretó con firmeza al botón flojo del *play*.

Primero se oyó la voz de Neil Diamond, profunda como tierra mojada. No entendía ni la mitad, pero había algo en su tono que le hablaba. Después dejó que sonaran Los Panchos, porque a veces el corazón necesita canciones que se saben llorar solas.

—El Señor de las Sombras... ese sí sabía decir cosas —dijo para sí, mientras se sentaba de nuevo junto al almendro—. Tristes, pero de las que te dejan pensando.

No era felicidad, pero era otra cosa.